

TEXTO APROXIMADO DE LO QUE DIJO LUIS JUNCO
EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

Para no convertir esto en un largo capítulo de agradecimientos, permitidme para empezar sólo dos, a los que me veo obligado.

En primer lugar, a ese grupo masónico que decía Julia –*haciendo alusión a un comentario de Julia Escobar*– y que es Ediciones de La Discreta. Y en el sentido que tú comentabas, Julia, no sé hasta qué punto he sido dueño de mis actos al escribir esta novela: a veces tengo la sensación de que he sido inducido a escribirla por este misterioso grupo que, como ocurre con la masonería, guarda un secreto que está a plena luz del día pero que muy pocos son capaces de verlo: el amor al arte por el arte.

En segundo lugar, quiero agradecer a la persona que ha dado certero y adecuado marco a este libro y que está hoy aquí presente, me refiero a Antonio, cuyo Prólogo a esta novela demuestra todo lo bueno y bien que es posible decir en apenas dos páginas.

Y por lo que se refiere a *Una carta de santa Teresa* creo que lo mejor que yo puedo decir está en esas trescientas treinta páginas, cuyo mérito tengo que matizar. Pues si a nadie se le reconoce mérito por respirar, creo que el mío al escribir esta novela debería estar sujeto a la misma consideración. No otra cosa hago cuando escribo, sino respirar. Así me ha ocurrido toda la vida y de esa manera concibo la escritura: una necesidad casi fisiológica. Tal es así, que a veces me siento como los anfibios, que después de pasar un tiempo sobre tierra firme, necesitan zambullirse una temporadita. Es lo que me ha ocurrido a mí al escribir esta novela, una zambullida que ha durado cinco años. Y aunque no sé si pueda tener algún valor, os comentaré brevemente algunas experiencias y revelaciones que me han ocurrido en ese mundo submarino que es la escritura.

La primera fue volver a tomar conciencia de ese valor hoy tan en desuso y raro que es la reflexión. En un texto discreto que bajo el título de *Náufragos en tiempos ágrafos* se habla de este tema y se pone de manifiesto lo difícil que resulta hoy día reflexionar, se hace alusión a la santa de Ávila cuando decía que quince minutos de reflexión diaria garantizan el cielo. Y se concluía que, en ese caso, en esta vida de prisas y circunstancias ingobernables, estaríamos todos condenados al infierno. Pero afortunadamente, también se añadía, sigue existiendo la escritura y la lectura como una tabla de salvación, un lugar donde podemos hablar con nosotros, un sitio donde reflexionar. Bien, yo no creo que me haya ganado el cielo con esta larga reflexión de cinco años, pero sí he tenido la sensación de que en muchas ocasiones durante ese tiempo, he conseguido atesorar esos *trocitos de eternidad* que muchas veces da el arte.

A propósito de eso mismo –y aunque ya lo había experimentado en otras ocasiones–, también caí en la cuenta del gran paralelismo que hay entre música y escritura. Nunca como en esta novela me ha parecido más cierta esta verdad. La necesidad del ritmo, de un *tempo* para cada parte de la novela, me hacía pensar muchas veces durante este proceso que en lugar de palabras era como si estuviera escribiendo música. Ha sido lo más complicado pero a la vez lo más gratificante de *Una carta de santa Teresa*. Los que ya la habéis leído sin duda os habréis dado cuenta de esos tiempos y ritmos diferentes: yo diría que comienza con un breve *lento maestoso*, continúa con un largo *andante* que es a veces *adagio* y otras *allegro*, para acabar con un *finale presto e molto vivace*. No sólo la elección de las palabras adecuadas, sino oraciones y párrafos enteros he tenido que medir para conseguir lo que pretendía. Y honestamente debo

decir que quedé muy satisfecho con el resultado. Sí, como escribir música, eso ha sido.

Y por último, decir que tan inmerso estuve en la zambullida, que muchas veces no distinguía lo terreno de lo que ocurría debajo del agua. Hasta el punto, que a veces pensé que una cosa influía en la otra. A este respecto, os cuento una anécdota que me ocurrió mientras escribía y de lo que pueden dar fe algunas personas que están en esta sala. En una cierta secuencia –que no voy a desvelar para no descubrir la trama– quería describir un incendio. Acababa de escribir *había un olor a humo* cuando, para mi sorpresa, me di cuenta de que mi pituitaria olía a humo de verdad. Levanté las manos de las teclas del ordenador y lo miré por si se me había incendiado. Pero no era de ahí de donde provenía el fuego, sino que, al mirar por la ventana que tenía al lado, vi que el bosquecillo de pinos que tenía junto a mi casa estaba envuelto en llamas. (Creo que por vez primera sentí miedo por el poder de la escritura y, como sé que aún la guardia civil está buscando al pirómano autor del incendio del bosquecillo, debo añadir que a veces he tenido la tentación de confesarme culpable.)

Cuando he vuelto a tierra firme y ya publicada la novela, a veces he sentido una cierta contrariedad cuando encuentro a alguien conocido que al saludarme me ha dicho: “Oye, me he leído tu novela de un tirón, me la he acabado en dos días”. Esbozando una sonrisa de compromiso para agradecer el supuesto cumplido, no puedo evitar decirme: “¡Caramba, y a mí me ha costado cinco años escribirla!”. Pero en seguida me rehago, pues pienso que, al igual que ocurre cuando escuchamos música, siempre quedan esos remansos sin tiempo, esos *trocitos de eternidad* a los que antes aludía, y que hacen parangonables los tiempos del lector y del escritor.

Deseando que podáis hallar en la lectura alguno de esos trocitos que yo hallé al escribirla, os agradezco vuestra asistencia y atención.